

BRAVO

CLAUDIO

BRAVO



HOMENAJE
LOS AÑOS CHILENOS
1951-1960



Julio-agosto de 2011
Corporación Cultural Las Condes



PRE SENTACIÓN

El sábado 4 de junio pasado falleció en Marruecos, víctima de un ataque cardíaco, el pintor chileno Claudio Bravo. Había elegido el país africano para vivir y desde allí, en las últimas décadas, su obra –inmensa y universal- se irradió hacia los centros más importantes del mundo. Su repentina muerte no sólo enluta a Chile, sino que representa una lamentable pérdida para las artes globales, puesto que Bravo, desde los años 70, era considerado uno de los pintores latinoamericanos de mayor renombre mundial. Nació en Valparaíso, vivió en Santiago y Concepción y muy joven, antes de cumplir los 25 años partió a Europa, buscando oportunidades y proyección para su trabajo.

Hace seis años, la Corporación Cultural de Las Condes organizó una exposición con las obras realizadas por el artista cuando aún vivía en Chile, antes de 1961. La muestra, que se constituyó en una de las más vistas de la temporada, nos permitió admirar en directo la maestría de su arte y comprender por qué había alcanzado la fama mundial. Ahora, como una forma de rendirle homenaje y recordarlo, nos ha parecido oportuno re montarla y volver a hacer público su extraordinario talento.

Nuevamente se exhiben aquellas obras tempranas, generadas en los tiempos del colegio San Ignacio de Santiago y que evolucionaron hasta la época de Concepción, última ciudad chilena en que vivió. Estas obras -simples, directas, ingenuas- denotan un virtuosismo inusual para el retrato, un manejo notable de la técnica, tanto en dibujo como en pintura, y dan luces del complejo imaginario que vendría en los años posteriores. Por otra parte, la necesidad de rendirle tributo ha posibilitado que anexemos nuevas obras al conjunto, de modo que a la ya notable selección de la muestra anterior, se suman pinturas y dibujos, igualmente excepcionales y que nunca han sido mostrados al público. Asimismo, como en aquella oportunidad, todas las obras en exhibición, recolectadas en Santiago y Concepción, se ejecutaron gracias al vínculo afectivo que existió entre artista y modelo y fueron entregadas a sus propietarios de manos del propio pintor. El recorrido, para abrir una luz a todo lo que vendría después, se cierra con un magistral retrato ejecutado por Bravo en 1962 en Madrid, justo la época en que retrató a la actual familia Real española.

De esta forma, la Municipalidad de las Condes, a través de su corporación cultural, rinde un necesario tributo a un artista extraordinario, que, a pesar de haber dejado Chile a muy temprana edad, mantuvo siempre un vínculo permanente con la tierra que lo vio nacer. Un artista anacrónico que escapaba a cualquier convencionalismo y que impuso – tal como los grandes maestros de pasado – la belleza como eje y norte de su trabajo. Esta muestra, que nos entrega las claves para entender su proceso creativo, se complementa con la exhibición del documental *Claudio Bravo. La pupila del Alma* del realizador chileno Hugo Arévalo, un largometraje que cuenta con el testimonio del pintor y grabaciones realizadas en Chile, Marruecos y España. Asimismo, y en forma exclusiva, se presenta el documental *Claudio Bravo en Marruecos* del francés Philippe Aubert, último registro fílmico realizado al pintor. Su estreno mundial se realizó recientemente en el Festival internacional del film sobre arte de Montreal, en marzo pasado.

Francisco de la Maza
Alcalde
Municipalidad de Las Condes

Francisco Javier Court
Director
Corporación Cultural de Las Condes



claudio bravo



viñetas testimoniales

Artista sobre cuya obra han polemizado y polemizan admiradores y detractores, es probable que se continúe escribiendo largamente sobre él, pues al menos un factor no puede discutirse: la exitosísima y sostenida acogida que su pintura encontró en miles de personas a lo ancho del mundo, por más de medio siglo. No es posible predecir las preferencias estéticas de las generaciones venideras, que suelen cambiar radicalmente de época en época y, con igual convicción, ensalzar o precipitar en el rechazo, del que luego otras rescatan a los caídos, repudiando a los antes divinizados. A esas futuras reevaluaciones de Claudio Bravo (Valparaíso, 1936 - Marruecos, 2011), quizá sirvan las pinceladas biográficas que siguen.

La primera —personal— reexhuma una temprana muestra de su talento, manifestado espontánea e inconteniblemente ya en sus días escolares en el Colegio San Ignacio, y reconocido por todos en esa instancia, pese al escepticismo paterno. Se trata de la portada de la revista del colegio, de noviembre de 1955, que nadie —condiscípulos y profesores— dudó en encomendarle entonces, y que anticipaba tempranamente una trayectoria en busca de su oportunidad. Su reproducción encabeza estas páginas.

Las siguientes recogen —espero que con fidelidad en todo lo esencial— rememoraciones verbales de alguien que estuvo en cercano contacto con Claudio Bravo entre los años 1992 y 2000, el arquitecto Patricio Hornig Rosas, a quien encomendó la construcción de su casa en Puerto Octay, junto al lago Llanquihue. En menos de una década de reencuentro temporal con Chile, tras largos años de una vida llena de triunfos internacionales, transformó esas 200 hectáreas abandonadas en un lugar único: hizo construir una casa inusualísima, rodeada de parques y jardines, en un conjunto que evoca esa misma enigmática combinación de realidad y sueño que impregna sus cuadros.

Su génesis fue también singular: el encuentro entre pintor y arquitecto, convenido por un amigo común, pues ellos no se conocían, se dio en el café Dino, de Osorno, y hubo entendimiento tan inmediato, que, sin más preámbulos, al día siguiente ambos estaban en el campo agreste por el que se había apasionado y donde habrían de realizarse las obras. La idea inicial de levantar la casa en una suerte de hondonada

impenetrable que bajaba hacia el lago, fue reemplazada, en definitiva, por la de una elevación desde la que podía contemplar, simultáneamente, seis volcanes y una bahía espejeante.

La casa —pensada para ser ocupada todos los meses de verano— era importante, pero lo central, lo vital era su taller: la instrucción categórica era que ese recinto debería tener la máxima luz, pero jamás entrar a él ningún rayo directo de sol. Su luz debía ser atmósfera, invisible pero perceptible. Mandato difícil, pero que fue cumplido a su satisfacción... al menos por largo tiempo: habían pasado años, y el taller había sido intensamente utilizado para incontables creaciones, cuando, un día cualquiera, Hornig recibió un llamado telefónico del pintor, que le recriminó: “¡Entró un rayo de sol!”. Un detalle ínfimo, pero determinante para un artista para quien el cosmos es, precisamente, una infinita suma de detalles.

En todo caso, su taller era su santuario. Allí, nadie podía mover absolutamente nada del sitio exacto donde él lo había ubicado. Los libros, los paños, los objetos para sus naturalezas muertas, debían permanecer absolutamente intocados por toda mano ajena.

Exigente en el detalle, sí, pero también abierto a una inmensa confianza. Recibidas todas las instrucciones, Hornig se abocó a los planos y, en su hora, los remitió a Marruecos, para someterlos a los ajustes que el pintor quisiera hacer. Al cabo de cierto tiempo, el correo se los trajo de regreso, si ningún comentario. El arquitecto supuso que eso significaba un rechazo total a su propuesta y se apresuró a llamarlo por teléfono a Marruecos. Pero significaba todo lo contrario, y era un acto de plena fe en lo proyectado por el arquitecto. Bravo no se preocupó de distribuciones prácticas, superficies y demás. Sí, en cambio, de texturas —“Esto, todo cerámica”— y de colores —“Esto, todo blanco”.

Fue una construcción en constante crecimiento. Primero se alzaron los cercos, la casa, el portón de acceso, las casas del personal, luego el campanil y, por cierto, las caballerizas. Hizo saber desde el primer momento que en sus tierras no habría vacas, que no le gustaban. En cambio, toda su dedicación se volcaría a los animales de su predilección, los caballos. Los amaba, los pintaba, los cuidaba con máximo esmero. Decía



6

que a los tres años de edad había aprendido a dibujar, a nadar y andar a caballo. Y, efectivamente, podía pasar largas horas recorriendo la zona —era su única otra actividad, además de pintar—, como absorbiéndola en su interior desde lo alto de la montura. Hornig advirtió que el artista dedicó muy largo tiempo a una pintura de dimensiones monumentales cuyo tema era el volcán Osorno —el paisaje no fue un eje principal de su obra—. No sabe si fue concluida ni, si lo fue, qué destino corrió.

Ese mismo amor por los caballos lo movió a un sueño chileno —conservaba un modo de chilenidad, pese a su vida trashumante, cosmopolita y marroquí— que no llegó a realizarse, la construcción de una medialuna para rodeo —una concesión a los vacunos, en homenaje a los equinos.

Otra idea que tampoco tuvo concreción fue construir un museo en el bosque —o, alternativamente, en una suerte de caverna subterránea— para su espléndida colección de una veintena de esculturas grecorromanas, que estuvieron por años en Puerto Octay, pero en definitiva fueron donadas al Museo del Prado, donde se hallan hoy. Chile perdió esa oportunidad irreplicable.

En esos años del Llanquihue, se mostró siempre en extremo generoso y abierto para con todo el personal que laboraba en su predio, despertando general simpatía. Esteta meticuloso, su sola imposición fue que las casas de los empleados no mostraran la ropa colgada después del lavado: eso le arruinaba el paisaje.

Y otro detalle estético: apreciaba las exquisiteces en el comer, pero también ellas estaban supeditadas a la belleza visual. Por tanto, la disposición de la mesa —como en un cuadro— no admitía azar y debía ceñirse a armonías de color: viandas y manteles habían de conjugarse cromáticamente, de modo que si lo central en aquéllas era rojo —frutillas, por ejemplo—, roja debía también ser la mantelería.

Hombre de veranos, llegaba a Chile —esto es, a su casa junto al lago— poco antes de Navidad, permanecía allí durante enero y febrero, y volvía a partir en los primeros días de marzo. Pero —algo cuyo significado no esclareció nunca—: su casa permanecía abierta, impecable, calefaccionada y lista

para recibirlo, a él o a sus invitados, durante todos los días del año. Sus invitados eran pocos, pero especiales, como un entonces embajador de Estados Unidos, que viajó a Chile sólo para reunirse con Bravo y visitar con él las Torres del Paine.

¿Por qué abandonó ese paraíso personal en 2000, para retornar a Marruecos, después de jugar con la idea de un castillo en España, cuya luz también lo atraía especialmente? No lo sabemos con certeza. Se han aventurado explicaciones sobre dolorosas pérdidas en su entorno familiar, pero Hornig piensa que ese lugar junto al lago fue para Bravo como la creación de uno de sus cuadros, sólo que no con formas y colores, sino con el lago, sus bosques, su luz particular —tan otra que la norafricana—. Al cabo de ocho años, ese “cuadro” hecho con la realidad estaba concluido, y el artista debía pasar a otras obras.

Francisco José Folch



7





claudio
bravo

buscador del absoluto

Sonia Quintana Rojas, 2005



9

Era imposible imaginar el futuro que esperaba a ese niño temerario y travieso que agarrado a las crines de un caballo galopaba por las tierras de Melipilla como un experto jinete a los tres años. Montar, nadar y pintar fueron tres dones que vinieron con él como una constatación de la Parábola de los Talentos: “No me acuerdo de tres cosas. De cuando aprendí a nadar, de cuando aprendí a andar a caballo y de cuando aprendí a pintar porque siempre lo hice”, cuenta. Lo premonitorio en su conducta, se entiende ahora, consistía en su afición irrefrenable por dejar la impronta de su pequeña mano sobre todas las superficies que encontraba a su paso. Muebles, juguetes, paredes y hasta su cuna fueron testigos de su temprana vocación.

Contra las teorías sobre la inexistencia de las casualidades, la vida de Claudio Bravo Camus parece, sin embargo, marcada por una infinidad de circunstancias que lo conducen casi sin contratiempos hacia una realización que va siempre acompañada por el éxito.

Nació, por una elección familiar, en la Clínica Alemana ubicada en el Cerro Alegre de Valparaíso, el 8 de noviembre de 1936 y declara encantado, remitiéndose literalmente al origen de la palabra, haber arribado al mundo: “Nada menos que en ‘El Valle del Paraíso’”.

El segundo entre siete hermanos, creció en un entorno familiar tranquilo y protegido por el carácter recto y serio de su padre, don Tomás Bravo Santibáñez y la tierna dedicación de su madre, doña Laura Camus Gómez a la que describe como “una especie de santa. Una señora de su hogar”.

El primer límite a su libertad y que en cierto modo puso término al despreocupado transcurrir de su infancia campesina, lo experimentó a los 8 años cuando ingresó como interno al Colegio San Ignacio en Santiago. No tardó mucho en adaptarse a su nueva situación empleando su innata capacidad de seducción para destacar por sus múltiples talentos artísticos. No sólo llamó la atención de los profesores por su facilidad para dibujar, sino que fue celebrado como solista en el coro y activo participante en las academias literaria, de música y de teatro en las que dejó la huella de sus prometedoras capacidades: “Fui un niño mimado en el San Ignacio, reconoce,

cosa que muy pocos pueden decir. Me lo perdonaban todo. Era un verdadero divo”.

Su profesor de castellano desde primera preparatoria hasta 6º año de humanidades, Alfredo Peña -quien junto al Padre Prefecto Francisco Dussuel y al profesor de inglés Armando Pereda fueron sus principales impulsores- lo califica como un joven excepcional: “estas tres personas comprendíamos su faceta de artista. En el año 1951 organicé un grupo teatral y Claudio, junto con Héctor Noguera, Adolfo Couve, Salvador Villanueva, Jorge Cox y Ricardo Bezanilla fueron los participantes más entusiastas. La primera obra que hicimos fue *Cumbres de Fe* y al año siguiente adapté la novela *Tom Playfair*, de Francisco Finn, en la que Claudio se hizo cargo del maquillaje y la escenografía. Para el tercer acto pintó un bosque maravilloso, que lamentablemente se perdió. En la Academia Literaria ilustró el libro artesanal *Esta Bella Ciudad Envenenada*, poemas de Pedro Prado, con una hermosa serie de dibujos a lápiz y a modo de afiche hizo un magnífico retrato de Beethoven para incentivar el interés de los alumnos por integrarse a la Academia de Música”.

Los fines de semana volvía al fundo paterno y don Tomás, que era dueño de la Feria de Animales de Melipilla, para inculcarle con la práctica el sentido del trabajo, lo hacía llenar boletas de compraventa. Él deduce, medio en broma y medio en serio, que a raíz de eso se convirtió en el que sigue siendo “un trabajador. No concibo el significado de la palabra vacaciones. Soy pintor de 8 a 9 horas diarias de lunes a domingo. Para mí la felicidad es estar pintando un cuadro que me apasiona y que me tiene concentrado y entretenido. No sé vivir sin la pintura”.

Su primo hermano y ahijado de confirmación, Gonzalo Camus, remontándose a los tiempos infantiles señala: “Claudio era muy ingenioso y creativo para hacer maldades. Vivía dibujando y nos hacía posar a todos los que podía mantener un rato quietos. Cuando yo estaba enfermo algunas veces me iba a acompañar y apenas llegaba lo primero que hacía era tomar mis lápices y blocks. En el fondo todos lo admirábamos mucho”.

En la adolescencia su personalidad fuerte, independiente, rupturista, ávida de descubrimientos, refinada, histriónica, contestataria y muy atractiva, daba señales del adulto que



llegaría a ser. Cuando las obligaciones de la vida no le gustaban, siempre encontraba la forma de modificarlas y ponerlas a su favor. Así, la química, la física, las matemáticas, que definitivamente no le interesaban, no se le transformaron en un tormento sino que descubrió que haciendo retratos a sus profesores lograba despertar su comprensión hasta alcanzar la nota mínima para pasar de curso y todos quedaban contentos.

Pareciera que ese consagrado realista que es ahora, ese creador de mundos inventados, de ordenador perfeccionista que no soporta el caos, ya se manifestaba en esos años, puesto que su mayor empeño lo ponía en generar una realidad a su medida, suprimiendo toda amenaza que pudiera alterar su intuitiva búsqueda de la armonía.

Su compañero de curso y de afanes el actor Héctor Noguera, protagonista de varios de sus retratos iniciales, entre estos un óleo titulado *El Trovador*, mantiene nítido el recuerdo de los años compartidos: “Claudio cultivaba un divismo tal, que conseguía asombrar a profesores y alumnos por igual. Los miércoles se adoptó la costumbre de exhibir una obra suya en el fichero del colegio y todos desfilábamos para verla. Tenía una voz preciosa y cuando intervenía como solista en el coro se producía instantáneamente un absoluto silencio para escucharlo. Tenía un desplante asombroso para esos años. En una oportunidad vino a Santiago el *Folies Bergere* y se generó una tremenda polémica en la prensa. La Iglesia Católica amenazó con la excomunión a quienes asistieran. Al día siguiente de la presentación Claudio llegó al colegio se paró frente al curso y ante los profesores, que eran curas, y dijo: ‘Anoche fui a ver el *Folies Bergere* y estoy igual. En mí no ha cambiado absolutamente nada’. Bueno, hacía cosas como ésta porque le gustaba escandalizar. Tenía un gran sentido teatral. Actuó en la primera versión de *La Pérgola de las Flores*, con el Teatro de la Universidad Católica, en el rol de lustrabotas.”

“¿Mi hijo pintor? ¡Ni hablar!”

El Padre Dussuel, después de observar detenidamente durante un tiempo los dibujos del joven alumno y convencido de su talento, sugirió a su padre que le tomara clases con el maestro Miguel Venegas Cifuentes. La respuesta fue tan rápida como categórica: “¿Mi hijo pintor? ¡Ni hablar!”*

La negativa, lejos de desanimarlo, incentivó el ingenio del Padre Dussuel para buscar una nueva estrategia que lo llevara a conseguir el objetivo. “Con los fondos de los jesuitas, reconoce el beneficiado, pagó durante algunos meses mis clases con Miguel Venegas -el único maestro que tuve- y luego se las ingenió para ir a visitar a mi padre al que en medio de la conversación le mostró unos dibujos, sin firma, de un supuesto discípulo muy aventajado. Mi padre al verlos le dijo: ‘Bueno, si Claudio pintara así por supuesto que yo lo apoyaría.’” *

En ese momento el Padre Dussuel le reveló que los dibujos eran suyos y que por lo tanto debía cancelarle el dinero de las clases que él le había financiado en secreto. Saldada la cuenta quedaron muy amigos y de ahí en adelante Claudio continuó sin obstáculos su formación en el taller de Miguel Venegas en la calle Alonso Ovalle 860, estableciéndose entre ellos una relación de profundo afecto. Si bien el maestro declaraba que Claudio había sido su mejor alumno, el artista nunca ha dejado de recordar esa etapa con gratitud y en una carta que le escribió cuando ya había conquistado reconocimiento, dinero y fama en España, le decía: “Fuiste el primero que me enseñó de los aceites, los colores y los aguarrases”.

A los 17 años inauguró su primera exposición individual en una sala de la calle Tenderini, dirigida por su amigo el pintor Pepe de Rokha y rápidamente se vendieron todos los cuadros. A los 19 volvió a repetir la hazaña.

A partir de ese momento la obra de Claudio Bravo empezó a ser aplaudida por el público, ignorada por la mayor parte de los pintores y discutida por la crítica, un fenómeno que se repetirá a través del tiempo. Para muchos su creación suscita reacciones opuestas equivalentes al amor o el odio. Indiferencia nunca.

“Desde que comenzó a exponer, la respuesta de sus pares y de los críticos fue adversa”, explica Héctor Noguera. “Su inmenso talento era valorado por ellos solamente como una habilidad y el que vendiera todo hacía que catalogaran su obra como *decorativa y comercial*. Chile es un país de modas y en ese tiempo la moda era el arte abstracto, por lo tanto el resto no contaba y Claudio no se sumó a la mayoría”.



Después de egresar del colegio distribuyó su tiempo entre el trabajo de taller y las lecturas y diálogos encaminados a satisfacer su anhelo de ampliar sus conocimientos. Encontró una privilegiada orientación en compañía de intelectuales tan destacados como el filósofo Luis Oyarzún, el escritor Benjamín Subercaseaux y el dramaturgo Luis Alberto Heiremans, entre otros, cuyas mentes brillantes influyeron de manera determinante en el desarrollo de la cultura chilena.

A los 21 años partió a Concepción incentivado por su amigo el abogado Ernesto Steffens y permaneció en la casa de su familia durante tres años. Su encanto natural conquistó rápidamente a la sociedad penquista que le abrió las puertas que le permitieron tomar plena conciencia de su innegable talento como retratista. Se puede deducir que fue en ese periodo cuando se comenzó a vislumbrar lo que sería en adelante la proyección de su carrera.

“Descubrí entonces que el retrato se me daba muy bien”, reconoció más tarde. Pintó y dibujó mucho dejando un importante registro de su trabajo de esa época que quedó en manos de sus propietarios, gracias a lo cual se han podido conservar en Chile y ser mostrados ahora.

Muy buenos recuerdos hacen de él sus numerosos modelos de esos años: “Creaba una atmósfera muy agradable en las cinco o seis sesiones a las que una asistía, recuerda Gloria Fresno. En mi caso, mientras dibujaba conversábamos sobre Melipilla porque yo nací en la zona. Era cordial y muy educado. Le gustaba que una se vistiera sencillamente para darle mayor importancia a la expresión del rostro. Yo tenía entonces tres niños pequeños y quise que me hiciera un retrato con ellos, pero Claudio argumentó que no podía incluir al menor, que tenía diez meses, porque hasta el año y medio por lo menos los niños no tenían una expresión definida.”

Su trabajo fue muy bien valorado por los especialistas y el mundo universitario de ese tiempo y en el año 1961 se presentó una importante muestra de su obra en la Pinacoteca de la Universidad de Concepción.

Hacia su verdadera conquista

A los 24 años con el dinero reunido y una imperiosa voluntad de extender sus horizontes tomó el barco Américo Vespucio “en

clase turista”, aclara. Inicialmente pensó ir a París, coincidiendo con la aspiración de los artistas chilenos de su tiempo. Pero con los pies puestos en Europa, le pareció que Madrid era la ciudad ideal para quedarse y una vez más su intuición no le falló.

Si de niño fue un mimado en el colegio, de joven se transformó en un consentido de los españoles más influyentes. No le costó asimilarse al mundo europeo y él otorga el mérito de su rápida adaptación al Colegio San Ignacio “a la excelente educación que recibí de los jesuitas”. Hizo su estreno ante un selecto público madrileño con el retrato del famoso licorista Domenq, quien ofreció una gran recepción para exhibir la obra. La aristocracia se encantó con su talento y su persona, convirtiéndolo en una figura estelar en los salones y en el más solicitado de los artistas. Llegó a pintar más de trescientos retratos en ocho años, incluyendo al Rey Juan Carlos, a la Reina Sofía y a las Infantas.

Paralelamente con esta glamorosa vida social, comenzó a gestarse dentro de él un proceso de comprensión del fenómeno de la creación artística, en un cara a cara con los grandes maestros a través de la observación directa y casi obsesiva de las obras del Museo del Prado. “Yo había visto el Museo de Bellas Artes de Chile y punto, además de libros con malas reproducciones. Y de pronto, en 1961, entré al Museo del Prado, uno de los más grandes del mundo. Me conmoví de una manera tan fuerte que no podía salir de allí. Iba todas las mañanas. Miraba hasta que se me cansaba la vista y luego en la tarde me ponía a pintar. Evidentemente lo que quería era copiar El Prado completo, extraer de ahí todo lo que podía. Era muy joven. Venía de hacer retratos en Chile y me fui a los retratos del Prado y seguí haciendo retratos en España. Pero el que me entusiasmó desde el comienzo fue Velázquez, porque es el único que toca las fibras modernas de la pintura, el concepto de la pintura realista de hoy.”

Es tan profundo el reconocimiento que siente por el Museo del Prado y lo que aprendió allí, que se permite conmovirse y demostrarlo, cuando se refiere a éste: “Para mí fue como una casa paterna. Le debo tanto que mi colección de veinte esculturas grecorromanas se la he regalado a El Prado, o sea a mi padre Prado, a mi casa Prado, que me educó. Tengo una



12

enorme gratitud por ese museo, porque es el que me hizo cambiar en mi pintura.”

El concepto de cambio en Claudio Bravo está unido a una necesidad cíclica. Contra lo que sus detractores sostengan, en el sentido de reconocer apenas una débil evolución en su trayectoria, se puede argumentar que su obra exige del observador un grado de concentración extrema para coincidir con la potente exigencia de su hacer, la que a través de una aparente simplicidad propone múltiples y, en ocasiones, complejas lecturas. En su caso, el concepto que aclara que la belleza no es una cosa sino una manera de mirar las cosas sirve muy bien de introducción antes de observar su obra. “Mi evolución es muy lenta. Los primeros cuadros que hice cuando llegué a Europa eran para comer. Me pedían retratos y los hacía pero, entretanto, también trabajaba en otros temas que no eran conocidos por el público, hasta que hice mi primera exposición en 1970, en la Galería Staempfli de Nueva York, la que fue muy elogiada. Un importante crítico tituló su comentario con estas dos palabras: ‘¡Bravo, Bravo!’”

El fin de un ciclo y el comienzo de otro nunca es tan evidente como cuando en 1972, después de alternar su tiempo entre Nueva York y Madrid, decide cortar su cordón umbilical con España y se radica en Tánger, Marruecos, dando un vuelco radical a su forma de vida y a su creación. “Como siempre he tenido una enorme afinidad con la luz del Mediterráneo, no me marché muy lejos, explica. Me acostumbré a Tánger, se me metió en las venas y ya no puedo salir de ahí.”

La atmósfera de Marruecos es de una intensidad indescriptible y se percibe apelando simultáneamente a todos los sentidos. El color, la luz, el paisaje, los olores y sonidos armonizan con su gente, que vestida con su típica túnica o chilaba, parece sacada de un pasaje bíblico. Esta realidad en la que conviven pasado y presente, conforma un universo misterioso que incita fuertemente a su exploración. Es difícil imaginar un mejor escenario para el cambio de giro existencial de un artista.

Se retira, literalmente, en su casa encaramada en las colinas, divisando el Estrecho de Gibraltar y la silueta de España. Allí, en 1996, lo visita Mario Vargas Llosa, quien lo bautiza como “El ermitaño de Tánger”. El escritor, en una acertada síntesis,

manifiesta su impresión: “en la vida de Claudio Bravo no parece haber cabida para nada más que la flaubertiana, tiránica concentración en lo que Balzac llamó en su novela sobre el fanatismo creador del artista *La búsqueda del absoluto*”.*

Su carrera, administrada por la internacionalmente reconocida Galería Marlborough, de la que es artista exclusivo junto con latinoamericanos como Botero o Tamayo, alcanza los más altos niveles de cotización en el mercado mundial. Los chilenos Matta y Bravo a menudo encabezan las listas de los más altos valores en las subastas de Christie’s y Sotheby’s en Nueva York. “Los precios los pone la galería, comenta. ¿Un millón de dólares por un cuadro? Yo no me atrevería”.

En marzo de 1994, después de largas negociaciones y la unión de muchas voluntades sostenidas en el tiempo, el Museo Nacional de Bellas Artes de Chile inauguró la primera exposición retrospectiva del artista, luego de 33 años de ausencia, la que se transformó de un suceso artístico a un fenómeno sociológico. Largas filas de público, que superaron las 180 mil personas, se alinearon diariamente esperando la apertura del museo en un hecho inédito para las nuevas generaciones. La presentación de esta muestra coincidió con una etapa de reencuentro del artista con su país, quien después de adquirir una propiedad en la X Región de Los Lagos, viajó anualmente para permanecer, en el marco de un paisaje idílico, con el pincel siempre en la mano recuperando raíces en proceso de madura reflexión.

En su amplio taller, con techo altísimo y paredes blancas, los enormes ventanales le ofrecían como telón de fondo el Lago Llanquihue y los volcanes Osorno, Calbuco y Puntiagudo. Allí pintó, excepcionalmente, un nuevo retrato: “Quería hacer un retrato de gran categoría y le pedí insistentemente al Padre Gabriel Guarda que posara. Él es como un modelo de El Greco. Un personaje fuera del tiempo. A diferencia de lo que siempre me había ocurrido, tuve que rogarle para que me dejara pintarlo, pero valió la pena, porque creo que ese es uno de mis mejores retratos y estoy contento porque se ha quedado en Chile”.

En su última permanencia en el sur pintó parte de las obras de la exposición Obras Recientes, 1999-2000, compuesta por un



13



conjunto de telas que la Galería Marlborough presentó en sus salas de Madrid, Florida, Nueva York y Chile. Sin duda estos cuadros reflejan, no solamente su evolución pictórica, sino que responden a su evolución espiritual: “aparte de los títulos, que están en latín, los cuadros tienen una lectura mística” –explica–. “Un día le dije a la directora de la Galería Marlborough de Madrid que quería pintar estas telas inspirado en La Capilla, de Rothko. Él hizo una capilla en la que los cuadros combinan por sus colores y producen una suerte de éxtasis místico. Ella me respondió que hiciera una capilla para la galería. Como la sala es enorme le contesté: ‘No voy a hacer una capilla, voy a hacer una catedral’. Me basé en el recuerdo de la Semana Santa cuando era pequeño y se cubrían los altares para el Viernes Santo con unas telas moradas. Me pareció una idea maravillosa para hacerla en cuadros. Así nació esta exposición”.

El contacto con la naturaleza sureña le ayudó a recuperar recuerdos y a decantar ideas: “Mi tío Demetrio Bravo, sacerdote, me decía: ‘Claudio, yo me he dedicado a servir a Dios y tú te has dedicado a pintar la belleza, que es la cara de Dios’. Estas palabras me han hecho pensar mucho y ahora creo que una manera de hacerle una oración a Dios es pintar la belleza”.

El año 2000, más allá de dar comienzo al siglo XXI, marcó en la vida de Claudio Bravo el fin de uno de sus ciclos interiores. Vendió sus tierras, se despidió de Chile tan silenciosamente como el día en que había regresado y se concentró en Marruecos, donde lo esperaban nuevos proyectos personales.



claudio bravo



al encuentro del absoluto

Sonia Quintana Rojas, 2011

Al anochecer del sábado 4 de junio, en el amplio estudio de su enorme finca con olivos y naranjos ubicada a 10 kilómetros del pueblo de Taroudant, Marruecos, al pintor chileno Claudio Bravo le sobrevivieron los dos infartos que pusieron un inesperado fin a su vida a los 74 años.

Aun cuando en el año 2010 su salud le envió algunos avisos, nada lo hizo presentir la proximidad de su partida y disciplinado como era llevaba una cuenta estricta de los medicamentos prescritos, en tanto seguía con su rutina de pintar entre 8 y 10 horas diarias. También estaba entusiasmado con la idea de concretar varios proyectos que beneficiarían a la modesta población del pueblo de Taroudant, a la que ya había donado una escuela y un hospital.

De los detalles de la escuela se preocupó personalmente porque, fiel a su principio de que la fealdad era indigna y agresiva, imprimió en ella su sello estético.

En cuanto al hospital, se proponía hacerle un mural y emplazar una escultura importante que próximamente realizaría "in situ" su amigo el artista José Vicente Gajardo. Con este propósito, Claudio Bravo había reunido una cantidad de enormes piedras de molino.

El escultor había permanecido durante tres meses en su casa en el año 2009, dándole forma a cuatro grandes esculturas en hormigón para la finca. En sus conversaciones, Claudio le explicó que quería hacer un gran museo allí, intuyendo tal vez que esta iba a ser su residencia definitiva y que allí había encontrado su lugar en el mundo.

No era una persona desvinculada de la realidad de su entorno más próximo, por lo que iba dejando su impronta en todo lo que emprendía. Así, por ejemplo ocurría con la construcción de las casas en que habitó en la Región de Los Lagos en Chile, o en Tánger, Marrakech o Taroudant. En todas ellas, los espacios amplios y despejados, la altura de los techos, la importancia dada a la luz, el predominio del blanco y una suerte de minimalismo en la decoración en la que jamás parecía faltar ni sobrar algo, hacía sentir que cada una de sus casas era como la prolongación de su obra.

"Hay gente que nace con el mal de la piedra, como dicen – comentó a una revista mexicana-. Yo nací con el mal de la piedra. Me hago casas ideales, me sueño casas y las hago".

Hoy que ya no existe la posibilidad de preguntarle nada, me vienen a la memoria algunas de sus respuestas a temas que abordamos a través del tiempo y que pueden aportar ciertos rasgos para conformar una imagen ilustrativa de su compleja y también fascinante personalidad, que lo hacía jugar permanentemente con los opuestos y muchas veces provocar desconcierto.

"Para vivir y pintar al mismo tiempo -me explicó un día-, necesito una enorme tranquilidad, calma espiritual y un estado de altura mental en el que me sienta nadando en las aguas que me gustan. No puedo vivir rodeado de cosas feas. Lo feo me irrita la vista y me irrita la mente. Mientras pinto siempre escucho música. Mis favoritos son Mozart, Schubert, Vivaldi. Me encanta la ópera y mi preferido es Bellini. Rafael Sanzio decía que había que pintar pensando en otra cosa. Yo pinto y escucho música y me siento completamente conmovido y al mismo tiempo movido por la música. La combinación de pintura, música y poesía por las noches produce algo único, un estado permanente de elevación mental que es el que necesito para pintar."

Si bien durante su juventud en Chile y sus años de permanencia en España desplegó todas sus naturales habilidades sociales llegó un momento en que su espíritu le exigió establecer distancia con la vida mundana y junto con decidir en 1972 su partida a Marruecos, país al que reconocía como "mi segunda patria", adoptó una conducta de mayor introversión. Esta característica fue la que llamó la atención al escritor Mario Vargas Llosa, quien lo describió en un artículo como "el ermitaño de Tánger", donde vivió a su llegada a Marruecos. El, divertido con este comentario confirmó: "De ermitaño tengo mucho y de monje también. Hay algo en mi carácter que me acerca a lo meditativo. Creo que soy como un monje muy monje porque estoy continuamente con una enorme preocupación por las cosas espirituales."



Pocos días después de conocerse la noticia de su muerte, el Padre Gabriel Guarda, que lo apreciaba profundamente y a quien el artista le había pintado un retrato considerándolo "una figura del Greco, un modelo fuera del tiempo", le rindió el más íntimo y conmovedor de los homenajes. En la cripta del Monasterio Benedictino ofreció una misa en su memoria a la que asistimos doce personas. De la manera más sencilla hizo algunos recuerdos, perfilando la esencia del ser humano y del artista que buscaba la trascendencia por medio de la belleza que otorgaba a los temas más simples, magnificándolos.

Entre 1960 y 1972 no solo conquistó España, donde recibió de manos de los Reyes la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, sino que su reconocimiento se amplió al ámbito internacional, consagrándolo como uno de los pintores más importantes de su tiempo.

En torno a su obra, la crítica no ha logrado ponerse de acuerdo para clasificarlo. Realista, hiperrealista, superrealista, surrealista, por eso es oportuno ahora recordar su propia descripción.

"Ninguno acierta. Debieran inventar otra palabra para clasificarme porque verdaderamente no me inscribo en ninguna de estas tendencias. Surrealista no soy, porque los surrealistas pintan los sueños y eso yo no lo hago. Superrealista es otra manera de decir surrealista. Es lo mismo. Hiperrealista es un híbrido que se produce en América del Norte por exceso de documentación fotográfica y entonces los pintores terminan pintando copias de fotos y eso es lo más abominable, porque no son una cosa ni otra: ni pintura ni fotos sino engendros. Yo soy un "realista", pero no completamente, porque yo no pinto la realidad exacta, tal como es. Pinto la realidad como creo que debiera ser. Reinvento la realidad."

En ese afán que daba un sentido total a su existencia, en el espacio de su estudio lo sorprendió la brusca interrupción de sus días y su propia realidad quedó inconclusa. A nivel del suelo, en la sala de su finca que llamaba el museo de las cerámicas, Bachir Tabchich su asistente, secretario, administrador y amigo por más de 32 años, sepultó sus restos mientras en el mundo del arte se empezaba a tomar conciencia de la magnitud de esta pérdida.





Retrato de Héctor Noguera, 1955
Óleo sobre tela, 35 x 27 cm
Colección particular





Retrato de Aída Sir de Brieba, 1960
Lápiz sobre papel, 76 x 58 cm
Colección particular



Retrato de Gloria Fresno, 1959
Lápiz sobre papel, 66 x 50 cm
Colección particular



Retrato de María Eliana Elissetche, 1960
Lápiz sobre papel, 50 x 33 cm
Colección particular



25

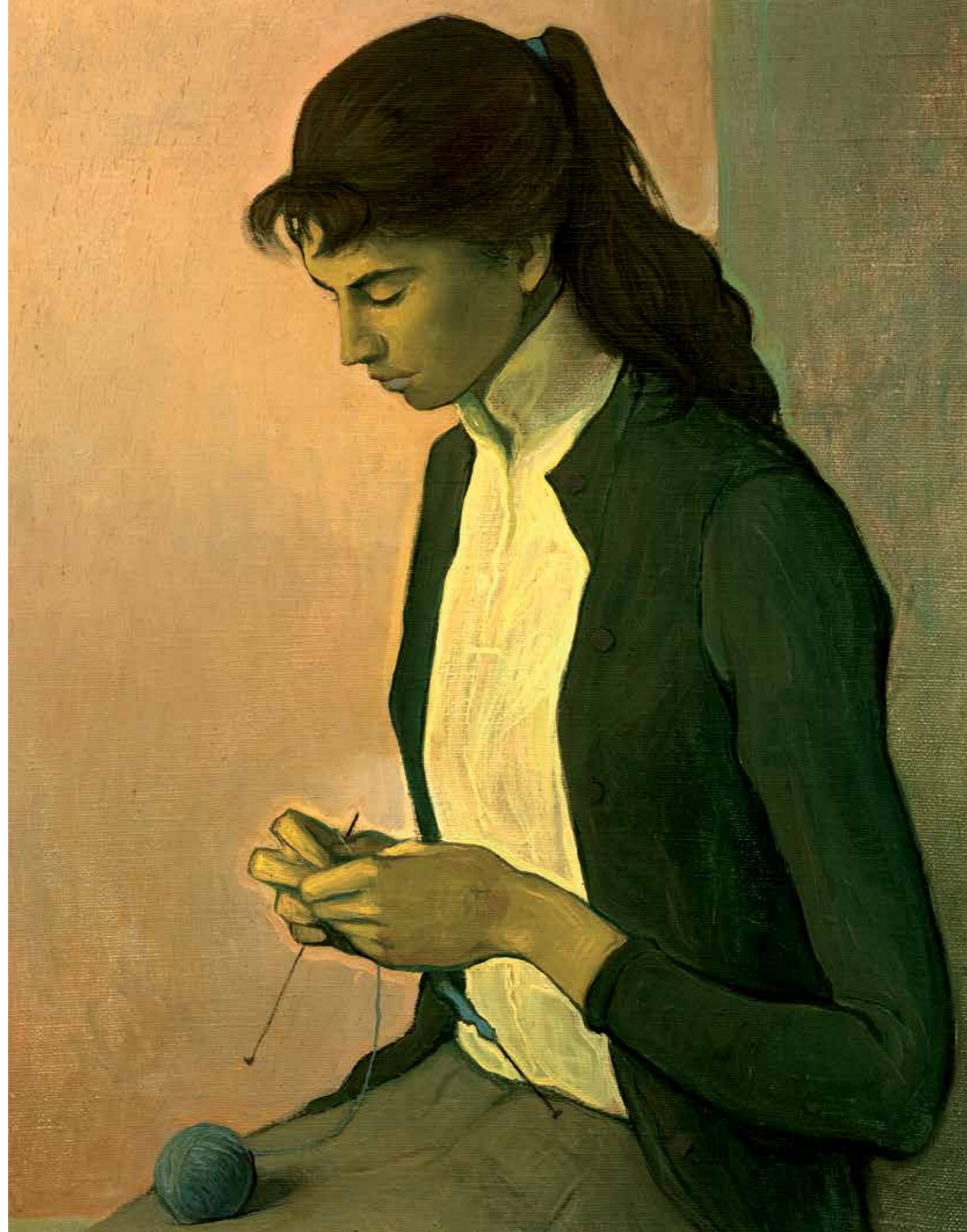


Retrato de Ximena y Patricia Bobillier,
1959
Lápiz sobre papel, 64 x 50 cm
Colección particular

Retrato de Enrique y Cristián Steffens,
1957
Lápiz sobre papel, 64 x 50 cm
Colección particular



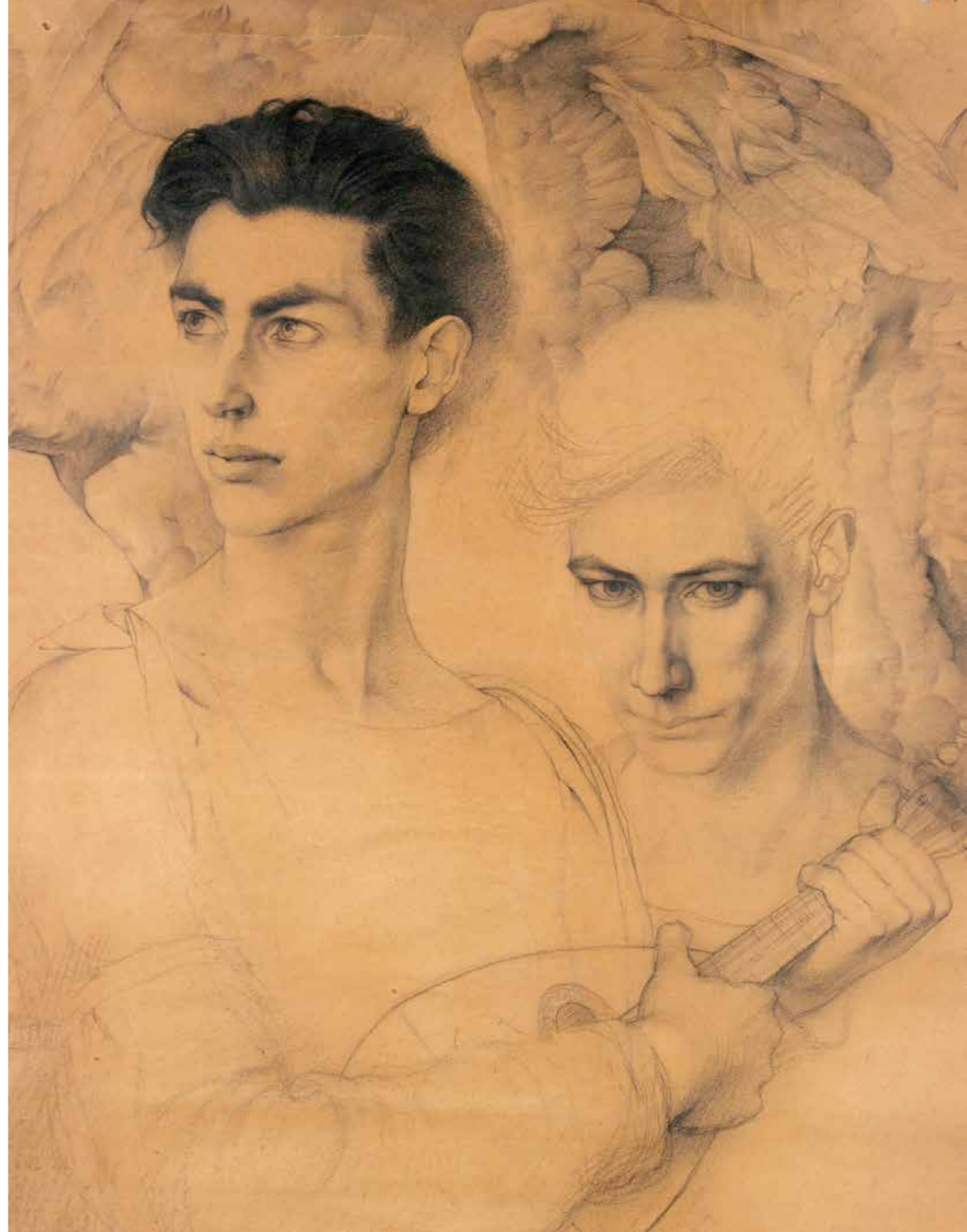
Retrato de Verónica Barros, 1957
Lápiz y acuarela sobre papel, 38 x 27,5 cm
Colección particular



Joven tejiendo, 1956
Óleo sobre tela, 70 x 58,7 cm
Colección particular



Autorretrato con figura, 1958
Lápiz sobre papel, 75 x 54 cm
Colección particular





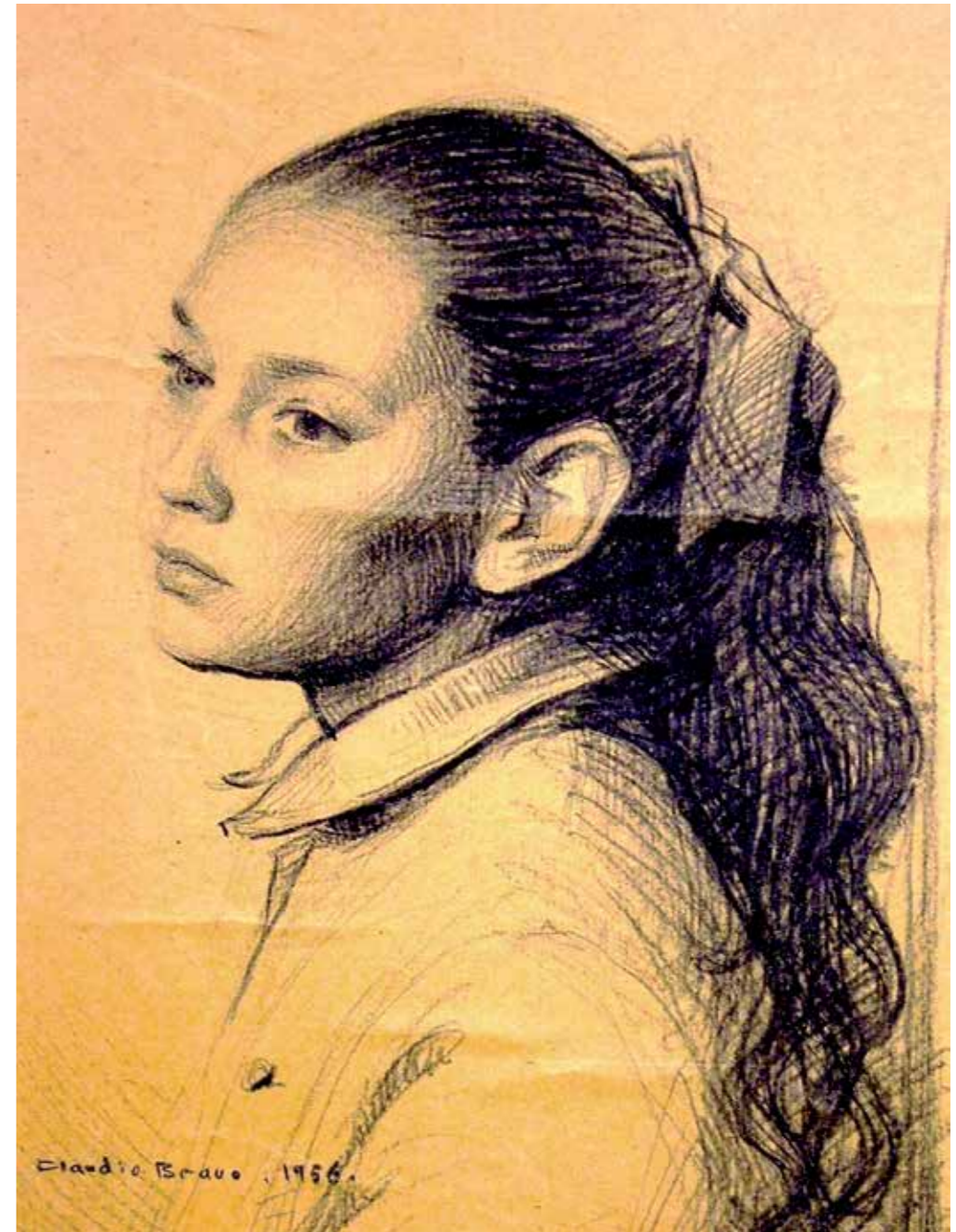
30



Cabeza con paño, 1957
Lápiz sobre papel, 35 x 24 cm
Colección particular



31



Retrato de Cecilia Pereda, 1956
Carboncillo sobre papel, 29 x 21,5 cm
Colección particular



32



33



Retrato de Enrique Steffens Gálmez, 1960
Óleo sobre tela, 100 x 70 cm
Colección particular



Caricatura, 1956
Lápiz y acuarela
sobre papel,
26 x 15 cm
Colección particular

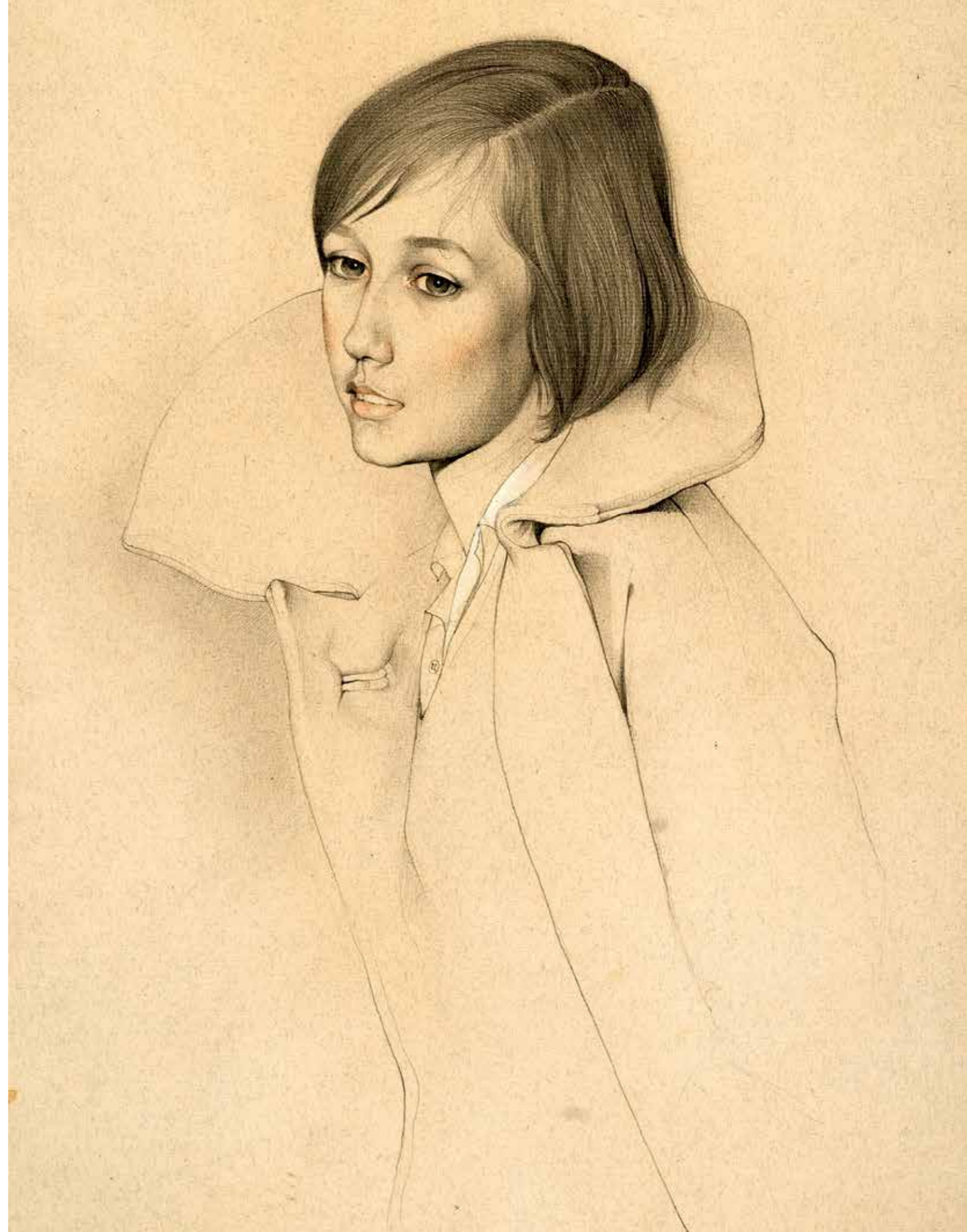


Calas, 1955
Lápiz y acuarela
sobre papel,
23 x 14,5 cm
Colección particular



36

Retrato de Gabriela Schiavi, 1959
Lápiz sobre papel, 48 x 31 cm
Colección particular





38

El niño de los gatos, 1957
Óleo sobre tela, 126 x 66 cm
Colección particular





40

cronología

1936

Claudio Bravo Camus nace el 8 de noviembre en la Clínica Alemana de Valparaíso. Sus padres son Tomás Bravo Santibáñez y Laura Camus Gómez.

1945

Ingresa como alumno interno al colegio San Ignacio de la calle Alonso Ovalle en Santiago.

1950

A los doce años y a instancias de su profesor, el Padre Francisco Dussuel, toma clases de dibujo y pintura con el Maestro Miguel Venegas. Esta sería la única enseñanza formal que recibiría en su vida.

1951

Participa en el grupo de teatro del colegio junto a sus compañeros Adolfo Couve y Héctor Noguera, entre otros.

1954

Con sólo 17 años y aún estando en el colegio, realiza su primera exposición individual, en la galería Taller 14 de calle Tenderini, dirigida por su amigo el pintor José de Rokha.

1958

A los 21 años parte a Concepción, donde permanece tres años con la familia Steffens. Se dedica por entero a la pintura.

1961

Cumpliendo el sueño de todo artista, se embarca hacia París, pero finalmente decide quedarse en Madrid. Asiste diariamente al Museo del Prado, admira la obra de Velázquez y perfecciona su técnica en el retrato.

1963

Primera exposición en Europa, en la Galería Fortuny de Madrid. Desde entonces su fama se extiende rápidamente y retrata a la alta sociedad europea, incluyendo al Rey Juan Carlos, la Reina Sofía y las Infantas.

1970

Primera exposición en Nueva York, en la galería Staempfli. La crítica titula un artículo con sólo dos palabras: ¡Bravo, bravo! Su nombre ya es universal y expone alternadamente en Europa y Estados Unidos

1972

Después de vivir en Madrid y en Nueva York, decide radicarse en Tánger, Marruecos.

1981

Inicia su relación como artista exclusivo de la Galería Marlborough de Nueva York, la misma que representa a Botero y Tamayo. Expone en las diferentes sedes de la galería a lo ancho del mundo y sus obras alcanzan los más altos valores para un artista vivo.



41

1992

Para estar cerca de su familia, adquiere una propiedad en el sur de Chile, en la X Región, la que vende luego del fallecimiento de su hermana María Inés

1994

Luego de largas negociaciones se presenta su obra en Chile. La exposición realizada en el Museo Nacional de Bellas Artes alcanza un record de público no superado hasta hoy.

2000

Fascinado con la cultura marroquí, restaura un antiguo palacete ubicado en la Medina de Marrakech para alterarlo con su casa de Tánger.

Como una forma de reconocimiento a lo aprendido durante sus visitas a El Prado, dona al museo su colección de 20 esculturas greco - romana. Por su trayectoria y aporte, los reyes de España le hacen entrega de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio

2005

Se declara agradecido y gratamente sorprendido con la exposición Claudio Bravo. Los años chilenos, 1951-1960, que presenta la Corporación Cultural de Las Condes.

2007

Participa como artista invitado en la 52 Bienal Internacional de Arte de Venecia

2008

Construye en Taradant, Marruecos, su residencia definitiva. Continúa pintando y dona un colegio y un hospital al pequeño pueblo marroquí.

2011

En la madrugada del sábado 4 de junio, víctima de dos ataques cardíacos, fallece a los 74 años. Su cuerpo es enterrado en su casa, en el salón que el mismo llamaba Museo de las cerámicas.

Como una forma de rendirle homenaje, la Corporación Cultural de Las Condes re monta la exposición *Los años chilenos*, incorporando pinturas y dibujos no exhibidos anteriormente..



42

documentales

Claudio Bravo: La Pupila del Alma

Ficha técnica

Dirección	Hugo Arévalo
Producción	Charo Cofré
Música	Francisco Aranda
Guión, cámara y montaje	Hugo Arévalo
Asistente de dirección	Violeta Arévalo
Asistente de cámara	Pablo Arévalo
Duración	61 minutos
Realización	PROARTES Televisión. 1995



Documental íntegramente dedicado a la vida y obra del artista. Fue rodado en Marruecos (Tánger y Asilah), España (Madrid) y Chile (Lago Llanquihue, Santiago, Melipilla y Valparaíso). Su director, Hugo Arévalo, (Premio APES 1990, Premio ONDAS 1990) tiene una larga trayectoria en la creación de documentales sobre diversos personajes del ámbito de la cultura chilena.

En la producción, por primera vez Claudio Bravo acepta que una cámara de televisión entre en su estudio mien-

tras trabaja, lo que permite observar en la intimidad su proceso creativo. El artista explica cómo concibe y realiza un cuadro y analiza gran parte de las obras expuestas en su muestra del Museo Nacional de Bellas Artes.

Parte importante del documental está dedicado a la vida del pintor y es el mismo quien relata su historia en forma ágil, amena y salpicada de sorprendentes anécdotas.



43

Claudio Bravo en Marruecos

Ficha técnica

Dirección y producción	Philippe Aubert
Música	Samuel Allard
Cámara	Ronan Lumbroso, Outmane Amahou
Narración	Claudio Bravo
Grafica	Outname Amahou
Duración	26 Minutos
Realización	Philippe Aubert. 2010

El documentalista francés Philippe Aubert realizó en 2010 la que sería la última película sobre el artista y fue presentada en marzo de este año en el Festival internacional del film sobre arte de Montreal. “A menudo me han dicho que represento la idea de calma, lujo y voluptuosidad. Quizás. Realmente me viene muy bien este verso de Baudelaire”, afirma Bravo, mientras la cámara recorre su granja amurallada, su casa sin ventanas, como una fortaleza, y esa puerta “en cuyo interior está el Paraíso...”

En este documental se muestran las casas de Bravo en Taroudant, Marrakech y Tánger y se sugiere la impronta de la luz y de los objetos de arte tradicional marroquíes en las últimas obras del artista.

“Construí la película en torno a ese verso de Baudelaire, en efecto, Claudio trabajaba como un monje, ocho horas por día, en el silencio de sus tres casas, cada una de ellas con un taller. Bauticé *lujo* a Taroudant, *calma* a Marrakech, y *voluptuosidad* a Tánger”, cuenta Aubert y agrega, “Claudio era como un príncipe del renacimiento, que se sentía cómodo en nuestro siglo, pero que vivió toda su vida rodeado de belleza. Anhelaba morir como faraón, acompañado por sus objetos y sus tesoros. Esta película es casi un testamento, ya que está enterrado en el Museo de la Cerámica que había creado en su propiedad de Taroudant”.

CLAUDIO

B

B

A

O

LOS AÑOS CHILENOS 1951-1960

Organiza

Municipalidad de Las Condes

Produce

Corporación Cultural de Las Condes

Presidente

Francisco de la Maza, Alcalde de Las Condes

Directorio

Alfredo Cea

Vittorio Di Girolamo

Benjamín Mackenna

Aníbal Vial

Juan Pablo Izquierdo

Director General

Francisco Javier Court

Directora Administrativa

Carmen Puelma

Productor General de Artes Visuales

Fernando Moya

Coordinadora de Producción de Artes Visuales

Paulina Paredes

Curaduría

Corporación Cultural de Las Condes

Museografía y montaje

Corporación Cultural de Las Condes

Textos catálogo

Sonia Quintana

Francisco José Folch

Diseño Gráfico

Txomin Arrieta

Fotografía

Fernando Balmaceda

Alfredo Méndez

AGRADECIMIENTOS

Banco Santander

María Luisa Álvarez de Camus

Elías Arze

Gonzalo Avendaño Pereda

Silvia Barr de Levy

María de la Luz Barros Goycoolea

Silvia Beckdorf Genestier

Laura Bisquert

Juan Carlos Bistoto

Daniel Brieba Sir

Gonzalo Camus

Mauricio Condemarin

Ana María Díaz

José Díaz Mateluna

María Eliana Elissetche

Juan Enrique Faúndes

Carlos Figueroa Serrano

Gloria Fresno Mujica

Patricia Frugone Gómez

José Vicente Gajardo

Juan José Herrera

Diego García de la Huerta

Alejandro Hartwig

María Verónica Ladrón de Guevara

Anita Lavín Concha

Claudia Levy

Julio Magri

Berenguer Mallol

José Felipe Martínez Silva

Pelusa Mejía Spoerer

Lucía Melo Moreno

Nelly Meruane

Héctor Noguera

Marilú Ortiz de Rozas

Carmen Oyarzún Hernández

Roberto Palumbo Ossa

Juan José Pereda

Juan Eugenio Pereda

Patricio Raby Benavente

Carmen Ramos Lira

Patricia Ready

Ana María Richard

Carmen Rodríguez Velasco

Nelson Rodríguez Troncoso

María Eugenia Ruiz-Tagle

Gabriela Schiavi Barberis

Elmira Solar

Cecilia Steffens Gálmez

Claudia Steffens Gálmez

Cristián Steffens Gálmez

Enrique Steffens Gálmez

Gustavo Tornero Silva

María Teresa Valdivieso

Eugenio Velasco Morandé

Eliana Verdugo

Amilcar Viviani



CORPORACIÓN
CULTURAL
LAS CONDES